

PRESENTACIÓN.

Hermanos de la Obra “María, Madre y Reina de la Unidad”, con la entrega de esta novena, creo que estamos llenando otro vacío en nuestra vida y nuestra espiritualidad. La Iglesia nos ha dado ya una misa propia para honrar a la Madre de Dios bajo la advocación de “Santa María, Madre y Reina de la Unidad”.

El Magisterio de la Iglesia ha abundado en esa misma línea de doctrina. Así, su Santidad Pablo VI, en más de una ocasión, dio a la Santísima Virgen el apelativo de “Madre de la Unidad”. (*Insegnamenti di Paolo VI, II, pág. 69*). Los miembros de la Obra de la Unidad, para nuestras celebraciones privadas, hemos determinado un tiempo muy apropiado para la solemnidad de la Madre de la Unidad: el primer sábado dentro de la octava de oración por la “Unidad de los Cristianos”. Pero faltaba una novena que nos ayudara a unificar ese tiempo de oración.

Los temas para la meditación de cada día de la novena se han tomado de los elementos litúrgicos de la misa que ya hemos mencionado (*Misas de la Virgen María, pág 395*). Se ha procurado que el desarrollo de las meditaciones tenga como sustento doctrinal la Palabra de Dios, a fin de tener un alimento espiritual fiel y sólido, apto para detenidas meditaciones.

Parecidas gracias se conceden, por ejemplo, a los que rezan diariamente el Santo Rosario. Vemos en estas promesas una especial providencia de la Madre de Dios para con nuestra Obra de la Unidad. La Santísima Virgen se obliga, por así decirlo, al amor, a la fe, a la confianza y fidelidad de nuestros corazones al ofrecerle esta novena. Será el poder y la fuerza de toda la Obra unida en una sola plegaria la que rompa siempre las cadenas y destruya las murallas del mal que nos estarán asechando. Seamos los pobres y desvalidos niños que nos cobijamos con el manto de la Madre de la Unidad y pronto seremos una realidad divina en toda la santa Iglesia.

P. Juan Abril G.

NOVENA A “MARÍA, MADRE Y REINA DE LA UNIDAD”



PRIMER DÍA.

Dios “fuente de la unidad y origen de la concordia” (Oración Colecta)

1. Oración inicial para todos los días.

¡Oh María!
Templo de la Unidad Trinitaria,
Corazón del Amor Divino,
Madre de misericordia, que
mantuviste oculto en tu interior
a Jesús, la Verdadera Vida.

¡Oh María!,
en cuyo vientre se encarnó
el Verbo Eterno, que nos
ha dictado la doctrina de la vida,
explicación y revelación de sí mismo,
muéstranos la Omnipotencia del Padre
la Sabiduría del Hijo y
la Caridad del Espíritu Santo,
todo dentro de la Santa Unidad de Dios. Amén

Imprimatur
Mons. Antonio González Z.
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador.

2. Canto de ambientación.

3. Lectura bíblica: Jn. 15, 26; I Cor. 3, 16; 6, 19; Efesios 2, 16-22).

4. Reflexión.

La Iglesia confiesa que Dios es “fuente de la unidad y origen de la concordia” (*Colecta de la misa*) porque Él mismo es la Unidad perfecta e infinita. Confesamos

que Dios es la Familia Divina compuesta por las tres Divinas Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; misterio que nos revela el mismo Jesús en el Evangelio de San Juan: *“Cuando venga el Paráclito que Yo enviaré junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí”* (Jn. 15, 26); tres personas iguales y distintas entre sí. Pero también confesamos que no hay sino un solo Dios, porque cada una de las Tres Divinas Personas participa en plenitud infinita de la misma y única naturaleza divina, dándose así la unidad perfecta.

También confesamos que Dios es amor: vive inmerso en ese océano infinito de mutuo amor. Es de la naturaleza del amor, como la fuente viva, no quedarse encerrado en sí mismo, sino desbordarse, comunicarse. La estremecedora afirmación en labios de San Juan: *“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único”* (Jn. 3, 16) nos habla de ese amor comunicativo.

Pero, entonces, Dios primero tenía que crear el mundo para darse en acto de amor extremo. Toda la creación no es otra cosa que fruto del amor de Dios, de ese Dios Trino. Y creó al hombre, a la familia humana a imagen de la Familia Divina. Amor infinitamente generoso de Dios que le llevó a regalarnos, no solamente la vida natural, sino además, a hacernos partícipes de su mismo ser, de su naturaleza divina, llevándonos, por lo mismo, a la dignidad y condición de hijos suyos y herederos de su misma gloria, como enseña San Pedro: *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros”* (I Pedro 1, 3-4). Así, la vocación del

hombre fue vivir en comunión, en unidad personal con Dios mediante la caridad divina, según San Juan: “*Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo*” (I Jn. 1,3), verdad que también la afirma San Pablo: “*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros*” (II Cor. 13,13). La Santísima Trinidad admite así al hombre a su vida íntima de amor y unidad.

Preguntémonos: ¿quién era la Virgen Inmaculada en los amorosos designios de Dios? Era la bendita criatura llamada a vivir en mayor plenitud de amor y unidad con Dios, más que todos los ángeles y todos los santos, y esto por su vocación a ser la Madre del Hijo de Dios.

¿Podrá darse mayor unidad y comunión de vidas que entre la Madre y el Hijo? Y si ¿este Hijo era el mismo Dios infinito y eterno? De este misterio nacerá en la Virgen Santísima la inefable comunión con el Padre, al compartir los mismos derechos de paternidad sobre el Hijo de los dos; comunión con el Espíritu Santo para que ese divino desposorio sea fecundo; comunión con el Hijo para que en la unidad de un mismo Sí se hiciera la voluntad del Padre: Jesús el Redentor y María la Corredentora de los hombres.

Contemplando estos misterios, con toda razón la Iglesia llama a “María, Madre y Reina de la Unidad” (*Enseñanzas de Pablo VI, pág. 69*). Y la Obra de la Unidad es la afortunada y dichosa heredera de esta Reina como su Patrona e inspiradora de su vida, ideales, espiritualidad, misión y camino de santidad en la Iglesia.

Por María y en María llamados a ser “fuente de unidad y origen de concordia” para la humanidad sedienta de esta agua de vida desde que el pecado del egoísmo y el odio la abrasa con su fuego. Bienaventurada la Obra de la Unidad si puede dirigirse a este mismo mundo y decirle con las mismas palabras de Jesús: “*Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*” (Jn. 7, 37).

Jaculatoria: “*María, Madre y Reina de la Unidad*”, haz de nosotros manantiales abundantes de amor y concordia para conseguir la unidad de la Iglesia y de las Iglesias. Amén.

5. Letanías de la Obra “María, Madre y Reina de la Unidad”

Señor,

Ten piedad de nosotros

Cristo,

Ten piedad de nosotros

Señor,

Ten piedad de nosotros.

Cristo,

Óyenos.

Cristo,

Escúchanos.

Padre eterno Fuente de la Unidad,

Ten piedad de nosotros

Maestro Jesús de la Unidad, Jesús del Amor,

Ten piedad de nosotros

Trinidad Santa, Unidad de Amor,

Ten piedad de nosotros.

Santa María, Madre de la Unidad,

Ruega por nosotros

San José, Protector de la Unidad,

Ruega por nosotros

San Pedro, Roca de la Unidad,
Ruega por nosotros

San Pablo, Apóstol de la Unidad,
Ruega por nosotros

San Anselmo, Ciencia de la Unidad,
Ruega por nosotros

Santa Catalina de Siena, Promotora de la Unidad,
Ruega por nosotros

San Luís Gonzaga, Pureza de la Unidad,
Ruega por nosotros

San Ignacio de Loyola, Espiritualidad de la Unidad,
Ruega por nosotros

San Maximiliano Kolbe, Oblación por la Unidad,
Ruega por nosotros

San Agustín de Hipona, Conversión a la Unidad,
Ruega por nosotros

**San Juan Crisóstomo, Portador de la palabra de
Unidad,**
Ruega por nosotros

San Francisco de Asís, el Pobre de la Unidad,
Ruega por nosotros

**Santa Margarita María, Llama del corazón de la
Unidad,**
Ruega por nosotros

**Santa Marianita de Quito, Dulzura maternal de la
Unidad,**
Ruega por nosotros

**Santa Edith Stein, “Teresa Benedicta de la Cruz”,
defensora de los valores de la mujer cristiana,**
Ruega por nosotros

San Charbel, la Humildad de la Unidad,
Ruega por nosotros

**Venerable Mariana Francisca de Jesús, Protectora
de la Obra de la Unidad,**
Ruega por nosotros

**Padre Alberto Vittadello, Cofundador de la Obra de
la Unidad,**
Ruega por nosotros.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo,
perdónanos Señor.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo,
escúchanos Señor.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo,
ten misericordia de nosotros Señor.

VI. Rueda por nosotros Santa Madre de la Unidad

R/. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas del Maestro Jesús de la Unidad, Jesús del Amor.

Oración:

Padre Eterno, Dios de Amor, de Bondad, de Misericordia infinita, por la intersección de tu Hijo Bien Amado, que ha querido morir por nosotros, que ha rogado para que todos seamos uno, como Tú y tu Hijo son Uno; concédenos, te suplicamos, ser la Unidad en el corazón de la Iglesia. Amén.

6. Canto de despedida.

SEGUNDO DÍA.

La Iglesia suplica a Dios, por intercesión de la Virgen María, que “todos los pueblos” se reúnan “en un mismo pueblo de la Nueva Alianza”.

(Oración Colecta)

- 1. Oración inicial para todos los días.**
- 2. Canto de ambientación.**
- 3. Lectura bíblica: Hebreos 8, 8-13.**
- 4. Reflexión.**

“Señor, Padre Santo, por intercesión de la Virgen María, haz que todos los pueblos nos reunamos en un mismo pueblo de la Nueva Alianza”: así suplica la Iglesia universal en la oración de la liturgia de “María, Madre y Reina de la Unidad”. El pueblo de la nueva y eterna alianza de Dios con los hombres es la Iglesia de Cristo, y en ella, Él, su Cabeza y su Mediador, que es lo que se confiesa en la carta a los Hebreos: *“Mas ha obtenido Él un ministerio tanto mejor cuanto es Mediador de una mejor Alianza”* (Hebreos 8, 6).

La Antigua Alianza, la que pactó Dios con el pueblo de Moisés, se selló con la sangre de animales sacrificados; más, la Nueva Alianza quedará sellada con la Sangre del Cordero de Dios inmolado en el ara de la Cruz, como la declara el mismo Jesús en la última cena, cuando sustituirá lo antiguo por lo nuevo: *“De igual modo, después de cenar, tomó el cáliz (se lo dio a los Apóstoles), diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre que va a ser derramada por vosotros”* (Lc. 22, 20).

Sangre divina que lavó al hombre del pecado y lo transformó en hombre nuevo, cambiándole la mente y el corazón para que pudiera vivir la fidelidad a la Nueva

Alianza, como se anuncia en la Carta a los Hebreos (Hb. 8, 8-13). En este nuevo pueblo de Dios la Iglesia es el Cuerpo de Cristo y Él su Cabeza, en palabras de San Pablo: “*Él es también la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia*” (Col. 1,18). Por tanto, Cristo y la Iglesia son una sola realidad.

¿Cuál fue la misión encomendada por el Padre a Jesús? La salvación del mundo, la redención de la humanidad como afirma San Juan, cuando dice: “*y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo*” (I Jn. 4, 14). Y la misión de la Iglesia no puede ser otra: “*Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado. Y he aquí que Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo*” (Mt. 28, 19). Por la fe todos los pueblos están llamados a ser miembros del pueblo de la Nueva Alianza, la Iglesia.

Podemos suponer que Jesús y María Santísima, en la intimidad de sus vidas diarias, en esos diálogos en los que se comunicarían sus pensamientos y los anhelos de sus corazones que latían al unísono, siempre estarían contemplando la amorosísima voluntad del Padre en su plan de salvación de la humanidad, y la Santísima Virgen no tendría otra actitud que la de estar motivando a su Hijo para que estuviera pronto para cumplir la Voluntad Divina ya que sabía que Él era el Salvador.

Pero, también, la misma Madre de Dios, llena como estaba del Espíritu Santo y de amorosa piedad para los hombres, ardería constantemente en ansias de esa salvación, y su más anhelante plegaria sería para que esa gracia sea derramada pronto sobre la humanidad.

La Iglesia sabe que tiene en la Madre del Redentor una poderosísima intercesora ante su Hijo Jesús. Por eso, con ella, incesantemente suplica y se ocupa de la salvación de los hombres.

Los miembros de la Obra de la Unidad identifiquémonos con esa suprema misión salvífica de la Iglesia, y, con la Madre de la Unidad, no haya sino una única plegaria ante el Padre, como nos pide Jesús: *“Entonces dice a sus discípulos: “La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”* (Mt. 9, 37).

Jaculatoria: *“María, Madre y Reina de la Unidad”, permítenos orar todos los días para que todas las naciones vengan a la unidad de Cristo en su Iglesia, el “pueblo de la nueva Alianza”. Amén.*

5. Letanías de la Unidad.

6. Canto de despedida.

TERCER DÍA.

Jesucristo Mediador entre Dios y los hombres, y María Santísima asociada a esa misma mediación. (Oración Colecta)

- 1. Oración inicial para todos los días.**
- 2. Canto de ambientación.**
- 3. Lectura bíblica: Sofonías 3, 14-20; I Tim. 2, 5.**
- 4. Reflexión.**

El corazón del Profeta Sofonías está desbordado de gozo, e invita al pueblo de Israel, a participar de esa misma alegría y júbilo, porque Dios les ha hecho la sublime promesa de cancelar la sentencia que pesaba sobre ellos: *“Ha retirado Yahveh las sentencias contra ti(...). Yahveh tu Dios está en medio de ti, un poderoso salvador”* (Sof. 3, 15. 17); y la presencia de ese “poderoso Salvador” en medio del pueblo es para liberarlo del “opresor”: *“He aquí que yo haré exterminio de todos tus opresores, en el tiempo aquel; y salvaré a la oveja coja y recogeré a la descarriada, y haré que tengan alabanza y renombre en todos los países donde fueron confundidas”* (Sof. 3,19).

Cuando el Profeta dice “en el tiempo aquel”, se está refiriendo a un tiempo futuro, y el “Salvador”, no puede ser otro que Jesús, el Mesías que viene a quitar el “oprobio” del pecado de la faz de todos los pueblos, lo que confirma la Carta a los Hebreos al identificar a Jesús como el Mediador de una nueva Alianza, entre Dios y los hombres: *“Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión (...), y a Jesús, mediador de una nueva Alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel”* (Heb. 12, 22-24).

Según esta doctrina, el Mediador es el que se pone entre Dios y la humanidad, llevando en sus manos su

propia sangre como propiciación ante el Padre. Cuán viva se proyecta entonces la figura del Cordero de Dios sacrificado en la cruz.

Dios ha constituido a Cristo *“mediador de una nueva Alianza, para que, interviniendo su muerte para remisión de las transgresiones de la primera Alianza, los que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida”* (Heb. 9,15).

El hombre, para ser fiel al pacto de amor con Dios, necesita del testimonio de la muerte del Hijo de Dios, ya que solamente las manifestaciones del extremado amor de Jesús, llevarán al hombre a iguales extremos en el amor, realizándose el místico refrán de Santa Teresa: *“amor saca amor”*.

Por esta generosidad de nuestro Mediador, el Padre nos *“reconcilia consigo”* (II Cor. 5,18), nos participa de su propia vida divina y nos concede el supremo don de ser sus hijos para tomar parte del reino de Cristo.

¿Qué parte tendrá la Virgen María, la Madre de la Unidad en la mediación de su Hijo? Primeramente, por haber sido asociada a Jesús en la obra de la redención y salvación de la humanidad, se constituye Mediadora con Cristo ante el Padre. Juntamente con el sacrificio y la sangre de Cristo, los padecimientos de la Virgen María obtienen un valor del todo agradable al Padre y con un poder de intercesión que solamente Dios conoce en toda su sublime magnitud. Así como el amor al Padre y a nosotros hizo de Cristo nuestro Mediador, de la misma manera el amor y la entrega de nuestra Madre la constituye en Mediadora nuestra.

En segundo lugar, María Santísima es nuestra Mediadora ante Jesús por haber sido constituida Madre de toda la humanidad. Cuando Jesús, desde la cruz, le

dice: *“Mujer, ahí tienes a tu hijo”* (Jn. 19, 26) señalándole al Apóstol Juan, le está entregando la vida sobrenatural de los nuevos hijos de Dios y su camino de santificación hasta la perseverancia final. Para cumplir con esta, su maternidad espiritual, nuestra Madre, de continuo, tendrá que estar intercediendo, acudiendo a los méritos y gracias de Jesús, que es en lo que consiste precisamente el oficio del mediador. Nuestra Madre de la Unidad nos asocia consigo para ser mediación para la salvación de la humanidad.

Terminemos esta reflexión con esta oración de intercesión: *“Y el Dios de la paz que suscitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, en virtud de la sangre de una Alianza eterna, os disponga con toda clase de bienes para cumplir su voluntad, realizando Él en nosotros lo que es agradable a sus ojos, por mediación de Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”* (Heb. 13,20-21).

Jaculatoria: *“María, Madre y Reina de la Unidad”, haz que nuestras vidas unidas a las de Jesucristo, nuestro Mediador, sean mediación para la salvación de las almas, tarea que se nos ha encomendado. Amén.*

5. Letanías de la Unidad.

6. Canto de despedida

CUARTO DÍA.

**Jesús ruega al Padre para que
fueran completamente uno.**

(Oración Colecta)

1. Oración inicial para todos los días.
2. Canto de ambientación.
3. Lectura bíblica: Juan 17, 20-24.
4. Reflexión tomada de la Llama 23.

“Yo en ellos y tu en mí para que lleguen a la unión perfecta y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí.”

Cuando vosotros os dejáis llenar de Dios y el mismo Señor se gloria en vosotros, llegáis a ser una sola cosa con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu de Dios. ¡Qué palabras tan verdaderas las que pronuncia el Verbo Eterno!

Vosotros ya no vivís propiamente, sino que vivís para el otro, así como el Hijo vive para el Padre y el Padre vive para Él.

Mi Jesús, desde la declaración hecha por el Padre en el bautismo nos asegura que en Él están todas las complacencias de Dios. Si vosotros hacéis la Unidad pedida con el Hijo de Dios ¿acaso faltará alguien de la Trinidad Santa, si ya poseéis al Hijo?

Unidos verdaderamente a Dios, sentiréis y viviréis todo cuanto Él sintió y vivió. La fuerza y el fuego que a Él le abrazan deben ser transmitidos por vosotros,

consumiéndooos en verdad en esa Unidad, sacrificando por completo vuestra realidad humana y realizando una comunión, no solo de espíritu sino también de carne.

Mi Jesús hace ahora valer sobre vosotros todo el peso del amor del Padre, ese amor exclusivo dirigido al Hijo. Alcanza de Él la bendición para su esposa.

La medida de aceptación de vosotros en el Padre es la del Hijo, que es también la de todos los hombres y la de cada hombre. ¿No debéis, acaso, ensanchar vuestras medidas?

Ensanched, haciéndooos cada vez más a una medida divina que a una medida humana. Todos los hombres reconocerán así la misericordia y verán la transformación de aquel barro pecador en oro divino.

No olvidéis, la perfección no se alcanza en corto tiempo sino es por un particular privilegio de Dios. El mundo que ahora os ve comenzar os quiere perfectos; por eso los “buenos” también os condenarán.

Pedid el ser cada día más perfectos. Dejad que Dios obre con su gracia en vosotros, para que así todo el mundo reconozca que no hay nada semejante al cambio que obra el Espíritu de Dios.

Cada uno de vosotros es único e irrepetible, y los santos que Dios prepara son labrados uno por uno. Mi Señor no los fabrica en serie, ni con tentaciones en serie, ni con heroísmos de grupo, ni con experiencias graduadas.

Nadie como Jesús, Amigo de sus amigos, conoce y ama a cada uno como debe hacerlo. Ahora mismo Él dedica el tiempo a cada uno según necesite.

No tengáis miedo. Ninguno de los presentes está excluido del Plan de Salvación. No dudéis, sois parte de ese todo que yo he venido a explicar.

Jaculatoria: “*María, Madre y Reina de la Unidad*”, haz que lleguemos a la unidad perfecta con Jesús para que los cristianos podamos ser testimonio vivo de unidad ante todos los pueblos de la tierra. Amén.

5. Letanías de la Unidad.

6. Canto de despedida.

QUINTO DÍA.

María Santísima permite la unidad de Dios con los hombres por el Sí de la encarnación.

(Oración Colecta)

- 1. Oración inicial para todos los días.**
- 2. Canto de ambientación.**
- 3. Lectura bíblica: Lucas 1, 26-38.**
- 4. Reflexión.**

Para esta meditación conviene tener a la vista la imagen de “María, Madre y Reina de la Unidad”, pues en ella se encarna la fe de María, su confianza y abandono en el amor del Padre y su total aceptación de la voluntad divina al dar su consentimiento al ángel Gabriel en el momento de la Anunciación. María se vuelve al Padre en actitud de escucha, contemplación y total acogida del misterio que se le revela: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el que ha de nacer será santo y será llamado hijo de Dios”* (Lc. 1, 32).

En nuestra sugestiva imagen, la Virgen no nos mira, sino que mira al Padre; lo contrario del Niño que nos mira, y se adelanta a acoger a la humanidad como hermano.

Cuando la Santísima Virgen fue a visitar a Santa Isabel, la gozosa madre del Bautista, como saludo de bienvenida oye esta alabanza: *“Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno (...). Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”* (Lc. 1, 42-45).

Santa Isabel se remite al momento de la Anunciación y expresamente alaba y bendice la fe de la Virgen María, fe que la ha llevado a creer en el infinito misterio de la encarnación del Hijo de Dios y en ella como su madre; fe que ha permitido que la eterna Voluntad del Padre llegue por fin a la plenitud de su cumplimiento en el tiempo de los hombres. A la vez que es un acto de fe tan puro y de tan grande poder en la Virgen María, es también un acto de total confianza y abandono en el amor del Padre para con ella y para con todos los hombres. Ella sabe por inefable experiencia, cuánto Dios la ama, y que ese amor infinito no la puede engañar ni defraudar, y por eso su FIAT, es también un acto de amor y de confianza.

Volvamos al momento de la Anunciación: en suspenso están Gabriel, el celestial mensajero; en suspenso los siglos de espera de los Patriarcas y los justos de todos los tiempos; en suspenso la gimiente humanidad bajo el signo de la muerte a causa del pecado; en suspenso, finalmente los mismos cielos y la Augusta Trinidad ante la respuesta de la Virgen de Nazaret: Dijo María: *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”* (Lc. 1,38); *“y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros”* (Jn. 1,14); y por ese milagro, por esa confiada acogida de los eternos designios del Padre se dio en el purísimo seno de la Virgen Inmaculada, prodigio de la liberalidad, sabiduría y ternuras de Dios, la primera unidad y comunión entre Dios y la humanidad, entre el cielo y la tierra de los hijos de Adán.

El pecado de nuestros primeros padres abrió un abismo insondable entre Dios y los hombres, entre la vida y la muerte. Ahora el Verbo encarnado es Dios y hombre a la vez, en Él está toda la naturaleza divina y toda la naturaleza humana y es Pontífice (el que hace puente) por el que Dios pasa nuevamente a restablecer la comunión con los hombres; se cierra el abismo de separación y la vida inunda el reino de la muerte.

Dios ya no es un extraño para el hombre; y el hombre ya no es el huérfano de Dios, sino el familiar de Dios, honrado con la dignidad de hijo de Dios. Y todo esto porque el hijo de Dios *“puso su morada entre nosotros”* al aceptar complacido la Voluntad de su Padre Divino, al decir: *“He aquí que vengo (...) a hacer, oh Dios, tu voluntad”* (Hebreos 10,7); y en otra parte: *“mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra”* (Jn. 4,34); y todo esto también porque la Santísima Virgen pronunció su *“hágase en mí según tu palabra”*.

Con todo, la plenitud de la unidad de Dios con la humanidad se dará cuando Cristo esté levantado entre el cielo y la tierra, inmolado en la cruz; porque *“cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”* (Jn.12,32); y cuando la Madre del Cordero tome en sus manos la vida del Hijo y la entregue a la justicia divina. Entonces la sangre del hijo de Dios borrará la mancha del pecado del hombre y le desatará de la muerte, María será su Madre: *“mujer, ahí tienes a tu hijo”* (Jn. 19,26), y Dios restablecerá su morada en su nuevo templo, porque *“nosotros somos templo de Dios vivo”* (II de Cor. 6,16).

Cuánto tenemos que agradecer, primero a Cristo, y luego a su Madre Santísima por haber tenido un corazón tan puro y tan dócil para acoger la voluntad del Padre y permitir nuestra salvación. A los pies de la cruz del Hijo nos prefirió a nosotros para que la vida del Salvador fuera nuestra vida. Cuánto tenemos que imitar a María en nuestro amor misericordioso para con los que han roto la unidad con Dios por el pecado, o para con los que aún no conocen a Cristo, no conocen la Iglesia, esta nueva Arca de salvación y de unidad. Sello de la Obra es la Unidad, y María Santísima es la *“Madre y Reina”* de esa Unidad.

Dejémonos, entonces, marcar a fuego por la Unidad y seamos testigos de la Iglesia ahora y siempre.

Jaculatoria: “*María, Madre y Reina de la Unidad*”, haz que seamos totales en el Sí que hemos dado a Jesús de la Unidad al venir a la Obra. Que jamás le demos las espaldas como Judas. Amén.

5. - Letanías de la Unidad.

6. - Canto de despedida.

SEXTO DÍA.

La maternidad virginal de María imagen de la Esposa Iglesia una e indivisa. (Oración Colecta)

- 1. Oración inicial para todos los días.**
- 2. Canto de ambientación.**
- 3. Lectura bíblica: Lucas 2, 1-7; Ef. 5, 21-23.**
- 4. Reflexión.**

En el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo proyecta ya la presencia de la Santísima Virgen a través de personajes y figuras que la describen como la providencia de Dios para con la humanidad; como la que se opondrá a las fuerzas del mal y de Satanás; como la que estará llena de la santidad de Dios; como el “Arca de la Nueva Alianza”, guardada en el “santo de los santos” del templo, custodiada por querubines y guardando en su seno, ya no las “Tablas de la Ley”, sino al mismo Autor de la Ley, al Hijo de Dios.

Pero hay una profecía de Isaías donde se la presenta como la Virgen que concebirá y dará a luz al Emmanuel, el Mesías: *“Pues bien, el Señor mismo va a dar una señal: he aquí que una virgen está en cinta y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel”* (Is. 7,14).

Qué signo más prodigioso, jamás concebido por mente creada alguna ni en el cielo ni en la tierra: una virgen, manteniéndose en su virginidad será fecundada y dará a luz, no a un hombre cualquiera, sino a *“Dios con nosotros”* (Mt. 1,23), de quien dice el mismo Isaías que *“estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre «Maravilla de Consejero», «Dios fuerte», «Siempre Padre», «Príncipe de la Paz»* (Is. 9,5).

Ese grandioso y divino proceso de revelaciones de los misterios de Dios entre los hombres que comenzó con nuestros padres en la fe los Patriarcas y los profetas, llegó a su plenitud en Jesucristo como lo atestigua San Juan: *“Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia”* (Jn. 1,16); o como dice también el Apóstol Pablo: *“Pues Dios tuvo a bien hacer residir en él –en Cristo- toda la plenitud”* (Col. 1,19) de su amor y dones en beneficio de todos los pueblos de la tierra.

“Pero al llegar a la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Gal. 4, 4-5). ¿Quién es esta mujer de la que nace el hijo de Dios?

La respuesta nos trae San Lucas en su Evangelio, en el momento de la anunciación: *“al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel (...), a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David (...). Y entrando le dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo (...). Vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús (...). María respondió al ángel: Cómo será esto, puesto que no conozco varón. El ángel respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios”* (Lc. 1,26-35).

Detengámonos a considerar los misterios que el ángel revela a la Virgen nazarena: María, estando desposada con San José, sin embargo es virgen, y virginidad significa integridad de cuerpo y de alma de alguien que, conservando su castidad y pureza, ha consagrado a Dios esa misma virginidad; es la llena de gracia porque en ella está de manera singularísima el amor de Dios y su santidad; siendo virgen y permaneciendo virgen la que “no conoce varón” va a

concebir en su seno y va a dar a luz un Hijo, y esto por obra del Espíritu Santo, alumbramiento que en absoluto tocará su integridad corporal.

María Santísima por ser la virgen en la totalidad que Dios quería fue la más Madre entre todas las madres de la tierra, y su maternidad está entre los altísimos misterios y maravillas de Dios, lo que reconoció y cantó la misma Virgen Inmaculada: *“Engrandece mi alma al Señor (...) porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso”* (Lc. 1, 46-49).

En el prefacio de la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María, se da gracias al Padre por “haber preservado a la Virgen María de toda mancha de pecado original, porque en la plenitud de la gracia fuese digna Madre de su Hijo y comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud de limpia hermosura”.

María Santísima es “comienzo” de la Iglesia porque es la Madre de Cristo, Cabeza de todo su Cuerpo Místico, la Iglesia; y es “imagen” porque ella no está al margen de la Iglesia, sino que es su miembro el más eximio y sublime, modelo acabado de lo que tiene que ser la Iglesia una y santa en todos sus miembros. María Santísima es la llena de Gracia, de hermosura, revestida de esa vitalidad y perenne juventud porque está llena del Espíritu Santo, su divino Esposo, y la Iglesia toda está vivificada por la presencia del mismo Espíritu de Cristo quien *“amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño de agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí misma, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada”* (Ef.5, 25-27).

Qué extraordinaria grandeza y sublimidad de la Iglesia de Cristo, llena de su divinidad para ser, también ella, digna Esposa del Hijo de Dios.

Esta Iglesia somos nosotros los bautizados, los que tenemos que dejarnos transformar por el Espíritu Santo según el modelo de la Virgen Inmaculada y permitir que la Iglesia sea una, santa, indivisible y fiel a Cristo; particularmente en estos tiempos en los que se está librando la gran batalla apocalíptica entre la Serpiente y la “Mujer” y “sus hijos, y los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (Ap. 12, 17).

Jaculatoria: “*María, Madre y Reina de la Unidad*”, *permítenos ser fermentos de unidad en la Iglesia desde nuestra perfecta unidad interior con Cristo. Amén.*

- 5. Letanías de la Unidad.**
- 6. Canto de despedida.**

SEPTIMO DÍA.

Jesús en su pasión, elevado sobre el cielo y la tierra, en presencia de la Virgen Madre, “congregó en la unidad” a los hijos de Dios “dispersos” y los confió a María como su Madre.

(Oración Colecta)

- 1. Oración inicial para todos los días.**
- 2. Canto de ambientación.**
- 3. Lectura bíblica: Jn. 19, 25-27.**
- 4. Reflexión.**

En el prefacio de la liturgia eucarística de “María, Madre y Reina de la Unidad” la Iglesia contempla los frutos del infinito amor del Padre, manifestado en el Hijo sacrificado en la cruz: “Elevado sobre la tierra, en presencia de la Virgen Madre, congregó en la unidad a tus hijos dispersos, uniéndolos a sí mismo con los vínculos del amor”.

Quando Jesús esté cosido al madero de la cruz y uniendo al cielo con la tierra, se convertirá en el Mediador, en el que intercede ante la justicia del Padre por sus hermanos, los hombres, como dice el Apóstol San Pablo: *“¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados de la cólera! Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!”* (Rom. 5, 9-10).

La mansedumbre del Hijo de Dios, clavado al madero como Cordero inocente, despierta en el corazón del hombre pecador, dolor y arrepentimiento, confianza y amor, confesión de los pecados y vida eterna, como el malhechor crucificado a su derecha. El costado abierto

del Redentor atraerá la mirada anhelante de los hombres de todos los tiempos, repitiendo el milagro de la serpiente de bronce levantada por Moisés en el desierto, figura de Cristo en lábaro de la cruz (*Números 21. 4-9*); cumpliéndose, también, la profecía de Zacarías: “*Mirarán al que traspasaron*” (Za. 12, 10).

“*Junto a la cruz de Jesús estaba su Madre*” (Jn. 19, 25), es la lacónica pero sobrecogedora afirmación del Apóstol Juan. Qué presencia más sublime y grandiosa la de María corredentora unida al Hijo en el acto de la salvación del mundo, ofreciendo con sus propias manos, la vida, el cuerpo, la sangre, la divinidad de Jesús al Padre, y siendo ella misma víctima propiciatoria de gratísimo aroma. Si toda la vida de la Virgen Madre, junto a Jesús, fue de total comunión de alma, de sentimientos, de ideales con la Voluntad del Padre, esa unidad llegó a su plenitud en el momento supremo de la muerte de Jesús, pudiendo decir entonces ella también: Padre: “*Todo está consumado*” (Jn. 19, 30).

Este mismo discípulo a quien tanto amaba el Maestro, y que también se encuentra a los pies de su cruz, recordaría igualmente estas otras palabras de Jesús: “*Y yo cuando sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí*” (Jn. 12, 32), a todos a quienes había dispersado el pecado, arrancándolos del amor de Dios y de los hermanos.

¿Que el pecado es la causa de la división y de la ruptura de la unidad entre Dios y los hombres? Brevemente reconozcamos estos efectos de aquel misterio de iniquidad. Que espantosa y dolorosa realidad la de Adán al darse cuenta que, luego del pecado, se ha roto la comunión de amor con Dios: donde antes había esa relación de familia, de amistad, ahora hay miedo, hay rechazo, hay desconfianza y por eso

huye, se esconde de la bondad infinita y del bien supremo.

No otra cosa confiesa Adán desde su miseria: “*Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo, por eso me escondí*” (Gn. 3, 10). El peso torturante del vacío de Dios que siente el hombre lo precipita en el abismo de su soledad y remordimientos y hasta en la desesperación. Y el pecado de Adán también destruyó la unidad tan perfecta y profunda que Dios había establecido con la que era “*hueso de sus huesos y carne de su carne*”, (Gn. 2, 23).

No hay en los sentimientos de Adán la confesión de su propia culpa, sino la excusa, lavarse las manos y culpar al prójimo y rechazarlo: “*La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí*” (Gn. 3, 12). Desde entonces el hombre no hará sino acusar, juzgar y lapidar el prójimo.

Y por el pecado entrará el odio, la envidia y la muerte en el seno de la familias, convirtiéndose el hermano en perseguidor y enemigo de su propia sangre: “*y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín contra su hermano Abel y lo mató*” (Gn. 4, 8). Por el pecado se desterrará la paz entre los pueblos y reinará el egoísmo, reinarán las ambiciones y el hombre se volverá lobo del hombre; ya no se hablará entre ellos el único idioma del amor y de la solidaridad.

Cuán realista es la narración de la confusión de las lenguas, de la mente y de las voluntades mientras el hombre levantaba el monumento al orgullo, a la soberbia en la torre de Babel. Encerrados los pueblos en sus propias torres del mal se vuelven enemigos y se destruyen. Es decir, la gran familia humana herida en lo más profundo de su ser por la falta de amor y unidad.

“Y yo cuando sea levantado de la tierra” abriré mis brazos de hermano y estrecharé a todas las naciones, haciendo de ellas mi Iglesia, la familia divina, a imagen y semejanza de la Familia Trinitaria: con mi sangre las lavaré de todas sus repugnancias, y *“arrancaré el velo”* de la vergüenza *“que cubre a todos los pueblos”* (Is. 25, 7); con el poder de mi cruz *“aniquilaré la muerte para siempre”* (Is. 25, 8), derribaré los muros de odio que las dispersan y les infundiré mi Espíritu de paz, las revestiré de la condición de hijos de Dios *“y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne”* (Ez. 36, 26) en los que grabaré a fuego mis mandamientos de amor y unidad.

“Y yo cuando sea levantado de la tierra” el infierno quedará sellado para siempre en su odio y los hijos de Dios habitarán *“un cielo nuevo y una tierra nueva”* (Ap. 21, 1), instaurándose entonces la *“Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén”* (Ap. 21, 2), *“La Esposa del Cordero”* (Ap. 21, 9), quien entregará al Padre, en unidad consumada, todas las naciones y toda la creación.

“Y Yo cuando sea levantado de la tierra” entregaré a los hijos de Adán a mi Madre, a la que contemplo inmolada a los pies de mi cruz como la nueva Eva, como la Madre de mis discípulos, con este encargo divino y testamento a la vez: *“Mujer, ahí tienes a tu hijo”* (Jn. 19,26). María, la Madre de la Unidad, la que desde su amor materno y solicitud casi infinita por cada uno de vosotros, podrá decir con toda verdad con mis propias palabras: *“He manifestado tu nombre a los hombre que tú me has dado (...). Por ellos ruego; no ruego por el mundo sino por los que tú me has dado, porque son tuyos”* (Jn. 17,6-9).

Jaculatoria: *“María, Madre y Reina de la Unidad”,
acógenos a los pies de la Cruz de Cristo para que
seamos testigos del infinito amor de Dios, que invita a la
salvación y unidad a todos los hombres. Amén.*

5. Letanías de la Unidad.

6. Canto de despedida.

OCTAVO DÍA.

El día de Pentecostés, Jesús envió sobre la Virgen María en oración con los Apóstoles, el Espíritu de la concordia y de la unidad, de la paz y del perdón.

(Oración Colecta)

- 1. Oración inicial para todos los días.**
- 2. Canto de ambientación.**
- 3. Lectura bíblica: Hechos 1, 12-14; 2.1-4**
- 4. Reflexión.**

Por voluntad soberana del Padre, la Virgen María fue admirablemente unida al misterio de la redención como Madre del Redentor. Después de la ascensión de Jesús a los cielos, se encuentra totalmente integrada a la comunidad de los Apóstoles y a la de los primeros discípulos de su Hijo, con quienes persevera en la plegaria mientras esperan al Espíritu Santo, como atestigua San Lucas en los hechos de los Apóstoles: *“Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús, y de sus hermanos”* (Hch.1, 14).

Solícita, la Madre de la Iglesia, ha comenzado a vivir el encargo, la voluntad del Hijo: *“Mujer, ahí tienes a tu hijo”* (Jn.19, 26). Ella, la llena del Espíritu Santo, transmite a sus hijos de adopción la súplica ardiente, el anhelo porque Jesús cumpla con la promesa entregada antes de su regreso al Padre: *“y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, por que no le ve ni le conoce.*

“Pero vosotros le conocéis por que mora con vosotros” (Jn. 14,17). Por otra parte, aquellos discípulos del Señor, como niños recién nacidos, han recibido la herencia de Jesús: *“Ahí tienes a tu Madre”* (Jn.19, 27),

con la devoción de verdaderos hijos, con la veneración de quienes saben que María es la Madre de Dios. Y la oración de María y la de aquella naciente Iglesia apresurará el milagro de Pentecostés: *“Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo”* (Hch. 2.1-4); y desde aquella hora la Iglesia de Cristo, protegida y fortalecida por la presencia de la Madre del Señor, comenzó la misión de anunciar el Evangelio de Jesús a todos los pueblos de la tierra: *“Id pues y haced discípulos a todas las gentes bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (...). Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt. 28.19-20). Y podía haber añadido Jesús: yo y mi Madre estaremos con vosotros.

La presencia y la acción del Espíritu Santo será la que permita la concordia, la unidad de los corazones de los bautizados, maravilla y milagro que ya encontramos en las primeras comunidades apostólicas, de lo que da testimonio el Libro de los Hechos: *“La multitud de los creyentes no tenía si no un solo corazón y una sola alma”* (Hch. 4, 32); y esa única alma no era sino el Espíritu de Cristo que de esa forma unía a todos los miembros de su Cuerpo Místico.

La presencia y acción del Espíritu Santo en la Iglesia la fecundará para que dé en abundancia los frutos de la paz y del perdón. En la mañana de su resurrección Jesús se presenta en el cenáculo y con su saludo tan familiar y tan conocido entrega a sus discípulos el don de los dones, el don del Espíritu Santo, y con él el don de la paz y el de perdonar los pecados: *“Luego Jesús dijo otra vez “La paz con vosotros” (...). Dicho esto, sopló sobre*

ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados” (Jn.20, 21).

Paz que es signo de la presencia del Espíritu Consolador en el justo y del que ha hecho su templo, como nos recuerda el apóstol San Pablo: *“¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (I Cor. 3,6).*

La paz es igualmente el fruto de la unidad en el amor con Dios y con los hermanos en palabras del mismo apóstol Pablo: *“por que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha sido dado” (Rom. 5, 5);* y esta verdad ilumina, a su vez, otra verdad: la turbación en el corazón del hombre es fruto del odio, de la ruptura del amor para con el hermano.

Un ejemplo muy vivo tenemos en la conducta de Caín: *“Yahveh dijo a Caín: ¿Por qué andas irritado, y por qué se ha abatido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien podrás alzarlo? Mas, si no obras bien, a la puerta está el pecado asechando como fiera que te codicia, y a quien tienes que dominar” (Gn.3. 6-7).* Dominar el espíritu del mal para que reine el Espíritu del amor, del perdón, de la paz.

Esta nuestra bendita Obra de la Unidad tiene como misión prioritaria, desde ese camino interior de unidad y transformación en el Espíritu, la renovación de la Iglesia, la salvación de la almas, la iluminación del mundo con una nueva luz. Pero nada de esto lo conseguiremos y el “sueño de Dios” se habrá perdido, si no hacemos de la Obra un nuevo cenáculo donde la Madre de Dios prenda y mantenga ardiente el fuego del Espíritu Santo, consumidos en el Amor y fidelidad a Jesús de la Unidad hasta llegar a la sublime verdad del apóstol Pablo:

“¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? (...). Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó” (Rom. 8. 35-37).

Jaculatoria: *“María, Madre y Reina de la Unidad”, permítenos ser cenáculos ardientes de amor al Espíritu Santo para ser instrumentos de concordia, de unidad, de paz y perdón para con los hermanos de Comunidad. Amén.*

5. Letanías de la Unidad.

6. Canto de despedida.

NOVENO DÍA.

**“Saldrás Con júbilo al encuentro de los hijos de Dios,
Virgen María, porque todos se reunirán para
benedicir al Señor del mundo”**

(Antífona de entrada)

- 1. Oración inicial para todos los días.**
- 2. Canto de ambientación.**
- 3. Lectura bíblica: Ap.11, 19; 12, 1-9, 13-17.**
- 4. Reflexión.**

Cuando San Juan ve que se abre “*el Santuario de Dios en el cielo*” (Ap. 11, 19), lo que se le revela es la gloria infinita de la Santísima Trinidad, y en íntima comunión con ella a la Virgen Inmaculada, “Arca de la nueva Alianza”, en cuyo seno virginal moró por nueve meses el Santo de los santos, el Verbo Encarnado. Se completa la revelación cuando el apóstol Juan ve a la Santísima Virgen descender desde el trono de Dios, engalanada con aquellos signos que manifiestan su sublime grandeza: “*Una señal apareció en el cielo: una mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza*” (Ap. 12,1).

Viene María al encuentro de los hijos de Dios porque el “Diablo ha bajado” con “gran furor” para “hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús”. Satanás no puede olvidar la sentencia de Dios: “*Enemistad pondré entre tu y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras aceches tu su calcañar*” (Gn. 3,15).

Vomitando el fuego de su furor, odio y humillación tratará, por todos los medios y en todos los tiempos, de lastimar a la Madre de Dios, y como esto le será

imposible, porque, para Satanás y para todo el infierno, María surge *“refulgente como el sol, imponente como batallones”* (Cantar 6,10), entonces el maldito se enardecerá contra los hijos de María, pretendiendo apartarles de su amor y ternuras de madre, lo que tampoco conseguirá porque ellos son *“los que guardaron los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús”*.

Luego de la gran batalla al final de los tiempos, cuando *“Miguel y sus ángeles” combatirán con el Dragón, y este sea arrojado definitivamente al “lago de fuego y azufre”* (Ap. 20,10), entonces, con su Hijo glorioso, saldrá nuestra Madre celestial llena de júbilo para conducirnos al reino de los cielos, a la *“Ciudad Santa, a la Nueva Jerusalén”* (Ap. 2,12), donde se dará la unidad perfecta con la Santísima Trinidad, y comenzará la alabanza eterna, la acción de gracias sin término ni mengua a Dios en unidad con todos los coros angélicos: *“Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza, a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén”* (Ap. 7,12).

Como en el firmamento hay astros, unos más luminosos que otros, también en el cielo de los bienaventurados los más amantes de María resplandecerán con mayor gloria que otros.

¿Algunos hijos de “María, Madre y Reina de la Unidad” querrán ser junto a su Madre y a sus hermanos como estrellas opacas, por el menguado y mezquino amor que se le haya tenido? Propio de los corazones nobles y bien nacidos es la gratitud. Y cuánta gratitud y amor debemos a la Reina de los cielos por sus diarias delicadezas y ternuras.

En Jesús nos ama con el mismo ardiente fuego con que a Él le ama; y el más cercano amor al amor infinito de Dios es el de María.

Merezcamos oír también de labios de la Madre de Dios la misma invitación de nuestro Hermano y Salvador, Jesucristo, en el momento de nuestro tránsito a la casa del Padre: *“Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo”* (Mt. 25, 34).

Como fruto de estos nueve días de meditación y oración por la Unidad de los Cristianos más y más inflamémonos en el amor a la Madre de la Unidad, en la confiada fidelidad a la Santa Iglesia, por cuya unidad y santificación hay que dar la vida; por nuestra Obra para que pronto sea la nueva Iglesia, *“La Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, que baja del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo”* (Ap. 21, 2). Amén.

Jaculatoria: *“María, Madre y Reina de la Unidad”, concédenos estar en perfecta unidad con todos los bautizados y con toda la creación para cuando vengas a llevarnos con Cristo al Reino eterno. Amén.*

5. Letanías de la Unidad.

6. Canto de despedida.